

amor y del dolor, en un alma íntimamente unida á la fuente misma de la gracia, al Sagrado corazón de Jesús. ¿Quién calculará las santas influencias que esta alma, divinizada por su contacto con el Hombre-Dios, derrama, de todos lados, en torno de sí? Su acción no tiene más límites que los de su amor y su dolor. Según que ama ó que sufre amando, obra más ó menos extensamente, con más ó menos eficacia en esta esfera misteriosa, que es el mundo de las almas, la región de lo sobrenatural, en sus relaciones con la pobre humanidad. No: las ramas del árbol más vigoroso no sacan de su tronco tanta savia vegetal para fecundarse, como vida divina saca una de estas almas para sí y para los demás, del tronco divino al cual está unida, es decir, de Jesucristo, árbol de vida y verdadera viña, que da frutos para la eternidad. *Ego sum vitis, vos palmites*. María Magdalena, lo creemos sin vacilar, fué una de estas ramas fecundas, estrechamente unidas al tronco divino. Arraigada con él en el suelo del Calvario, sacó una savia abundante de vida divina, y la distribuyó á su vez á una multitud innumerable de ramas, que le deberán eternamente, después de Dios, la gracia de no permanecer como fragmentos de leña seca, únicamente buenos para ser arrojados al fuego.

Así, pues, de la misma cruz ó mejor de las llagas mismas de Jesucristo crucificado, brotan tres grandes ramas, unidas á El por el amor y por el dolor. La primera, á la cual se unen las otras dos, es la augusta María, la amadísima y compasiva Madre de Jesús, que por razón de la excelencia y de la intimidad de su unión con su divino Hijo, y de su conformidad con El por el sufrimiento y por el amor, está colocada en la misma fuente de la gracia, y saca la vida divina con tal abundancia, que la recibe como en su plenitud, y á su vez puede derramarla sobre la humanidad, hasta las últimas generaciones. Así es como esta purísima Virgen aparece constituida al pie de la cruz como *Reina de los apóstoles del sufrimiento*. Después de María y por María, las otras dos ramas que brotan del

árbol de la vida, son San Juan y Santa Magdalena. Su amor y su compasión por su Maestro crucificado, les dan un rasgo tan perfecto de semejanza con El, que merecen, después de la augusta María, ocupar el primer lugar entre los *apóstoles del dolor*. En recompensa de su sacrificio recibieron, el uno y la otra, una misión importante. A San Juan se le confió la de fecundar con su caridad y con sus dolores, no menos que con su palabra, la ciudad de Efeso y las comarcas del Oriente. La segunda, convertida en ilustre penitente del Santo Carmelo en Provenza, tuvo por misión fecundar en Jesucristo las regiones de Occidente, con sus lágrimas, sus oraciones, sus expiaciones voluntarias, sobre todo, con los santos y vivificantes ardores de su amor. Marsella, en particular, la debió, á la vez que á su hermano Lázaro y á su hermana Marta, convertirse, de pagana que era, en una de las ciudades más profundamente católicas del mundo. Así, pues, sobre el Calvario, y al pie de la cruz, se inaugura en María, Madre de Dios, y por María en San Juan y en Santa María Magdalena, el *apostolado del sufrimiento*. ¡Qué origen tan glorioso! ¿Quién no se mostrará santamente celoso de tomar parte, en la medida de que sea capaz, en tan sublime apostolado, sobre todo, en estos tiempos desdichados, en que el concurso de los cristianos, dispuestos á sacrificarse por la salvación de sus hermanos, es tan necesario y oportuno?

CAPÍTULO XXII.

EJEMPLOS.

—

En confirmación de lo que se acaba de decir en el capítulo precedente, vamos á citar algunos ejemplos que demostrarán cómo se ha complacido el Hijo de Dios en todos los tiempos, en asociar á su sacrificio víctimas especiales para las necesidades de su Iglesia, y para la conversión de las almas

rescatadas al precio de su sangre. Obligados á ser breves, nos limitaremos á presentar algunos ejemplos, elegidos entre los más salientes.

Más arriba hemos citado el nombre de Santa María Magdalena de Pazzi, alma seráfica que ardía toda en amor por Jesucristo, y estaba devorada de celo por la salvación de las almas. He aquí lo que leemos en su vida: «El Señor la hizo conocer cuánto le complacía que, con el permiso de sus superiores, ayunase todos los días á pan y agua, á excepción del domingo...; que marchase siempre con los pies desnudos, hasta en lo más frío del infierno, no llevando sobre sí más que una simple túnica; lo que le permitieron sus superiores, reconociendo la voluntad divina. Quiso Dios, en efecto, que viviese con austeridad tan admirable, para la *expiación de los pecados de los demás*; por que la penitencia de esta Santa fué tanto más ilustre, cuanto que no tenía más objeto que la voluntad de Dios y el amor del prójimo. Hasta en los éxtasis con que fué favorecida, tenía que sufrir en conformidad con Jesucristo».

Los gritos y los suspiros que exhalaba frecuentemente en lo más fuerte de sus éxtasis, eran evidentes pruebas de los dolores extremos que sufría... lo cual realizaba todo su deseo; algunas veces su dolor llegaba á tal exceso, que la hubiera sido imposible soportarle y vivir, si la poderosa mano de Aquel que la hería con tanto amor, no la hubiera sostenido al mismo tiempo, para impedirle caer.

El lunes de la pasión de 1586, pidió al Hijo de Dios con tan gran fervor que la hiciera sentir alguna parte de los dolores de su pasión, que nuestro Señor se lo concedió. Toda la noche del jueves y viernes sintió en su cuerpo dolores extremos, que se recrudecieron mucho sobre las diez de la noche del último día; porque estando arrebatada en éxtasis, padeció tantas penas y martirio en su cuerpo, que corrieron de todos sus miembros grandes gotas de sudor y de sus ojos gran abundancia de lágrimas. Muchas horas per-

maneció en tal estado, siendo imposible, según las apariencias humanas, padecer tantas penas sin morir.

Pero esto no era todavía bastante: faltaban todavía á esta víctima predilecta sufrimientos más profundos y más acerbos. Queriendo elevar la majestad divina su alma á más grande santidad, la dió á entender que sería privada, durante cinco años, de los consuelos celestiales con que la favorecía. Púsose pálida como la muerte, pero sabiendo que esta era la voluntad de Dios, se resignó á sufrir lo que le agradaba. Dios permitió, pues, al demonio tentar á esta bienaventurada virgen con cinco clases de tentaciones; de infidelidad, de orgullo, de impureza, de oscuridad del entendimiento y de gula... Y ella pasó este largo tiempo de prueba, redoblando su generosidad y su amor hacia Aquel que la tenía así clavada en la cruz. Salió victoriosa, en fin, de estas pruebas, como de todas las de su vida, que fué un largo tejido de ellas. Cuando llegó la hora de la recompensa, fué á recibirla al cielo, donde reina con su divino Esposo en compañía de las almas bienaventuradas que ganó para El, con sus oraciones, con sus sufrimientos y con su amor.

El angélico Luis Gonzaga, ¿no fué también, según la relación de Santa María Magdalena de Pazzi, una de las víctimas elegidas, uno de los apóstoles del sufrimiento, destinado por Dios para continuar por el dolor y el amor la obra redentora de su divino Hijo? Oigamos contar á esta santa lo que plugo á nuestro Señor revelarla en sus éxtasis, sobre la gloria y el martirio oculto de San Luis Gonzaga. «¡Oh! ¡qué gloria posee Luis, hijo de Ignacio! No la habría creído tal, si mi Jesús no me hubiera dado de ella testimonios. Parece que pocos bienaventurados gozarán en el cielo de un brillo superior al suyo. Digo que Luis es santo: digo que tenemos santos en nuestra Iglesia (quería hablar de aquellos cuyas reliquias poseía la Iglesia del Monasterio), pero su gloria no iguala á la de Luis. Quisiera, si me fuera posible, recorrer el

mundo y repetir por todas partes que Luis, hijo de Ignacio, es santo. Quisiera poder descubrir su gloria á todos los ojos, para que se supiera cómo se glorifica Dios en él, con su munificencia. Su vida oculta interior, es la que le ha hecho tan glorioso. ¿Quién podrá jamás explicar el valor de los actos interiores y la recompensa que merecen? No hay comparación alguna entre los actos externos y entre los internos; y mientras Luis vivió en el mundo, constantemente se mostró ávido de las inspiraciones que el Verbo insinuó en su corazón, y que, tanto como le fué posible, tuvo gran cuidado de poner en práctica.

Luis fué un mártir desconocido, porque aquel que os ama, ¡oh Dios mío! os reconoce tan grande, tan infinitamente amable, que es para él un cruel martirio ver que no os ama tanto como quisiera, y que vuestras criaturas, en vez de amaros, os ofenden. No solamente fué *mártir*, sino que lo fué de *todo corazón*. ¡Oh cuánto os amó en la tierra! También goza de vos en los cielos por la plenitud del amor. Durante su vida mortal, hería el corazón del Verbo con sus actos de amor unitivo como con otras tantas flechas; y ahora que el Verbo le ha herido á él con las mismas flechas, conoce y gusta el premio de todos sus actos.

«Ella vió además que este santo rogaba con un fervor muy particular por los que le habían auxiliado espiritualmente en la tierra»; lo que le hizo decir: «También quiero yo buscar los medios de ganar almas, para que, si alguna alcanza el paraíso, interceda de esta manera por mí». Cuando los padres de la Compañía de Jesús, que habitaban en Florencia, oyeron hablar de esto, rogaron con grandes instancias á la madre priora que les diera la relación escrita; lo que les fué prontamente concedido, por que estos padres habían siempre prestado al monasterio grandes servicios. Fué el 4 de Abril de 1607 cuando María Magdalena de Pazzi se vió favorecida con esta insigne visión.

Muchos siglos antes, había Dios suscitado en esa misma tierra de Italia, tan fecunda en frutos

de santidad, á la ilustre virgen Catalina de Sena, destinada á ser una imagen viva de su Hijo crucificado. Apóstol de la oración y del sufrimiento, son increíbles los frutos de salvación que obró en las almas, en una época desastrosa en que corrían el más grande peligro de perderse para siempre. Su confesor no podía dar abasto á los innumerables pecadores que las oraciones y los sufrimientos de la Santa habían ganado á Dios y acudían á confesarse, teniendo que agregársele muchos sacerdotes para satisfacer esta necesidad. He aquí algunos rasgos sacados de la vida de esta humilde virgen, que demuestran el ascendiente que tenía en el corazón de Jesús, su divino Esposo.

Una mujer llamada Palmerina, llevada de un instinto diabólico, concibió tan grande odio contra Santa Catalina, que no podía verla ni oirla. La hizo arrojar de su casa, rechazando todos los servicios que la Santa se ofreció á prestarla en las enfermedades que Dios la envió para castigo de sus faltas: disposición perversa en que perseveró hasta la hora de su muerte. Entonces, más que nunca, púsose Catalina en oración para pedir á Dios por esta pobre alma, y estando prosternada delante del Señor le protestó, que no se levantaría hasta que tuviera piedad de ella. Sus súplicas fueron escuchadas; y nuestro Señor tocó y ablandó de tal manera el corazón de aquella mujer, que lloró sus faltas y murió en paz, después de haber recibido los sacramentos con las más santas disposiciones.

Un rico vecino de Sena, llamado Andrés, hombre sin corazón, malvado, enemigo de Dios y de sus Santos, abominable blasfemador, hallábase en el artículo de la muerte y no quería confesarse. Pero no lejos de allí existía un apóstol de la oración y del sufrimiento que ofrecía á Dios por él sus lágrimas y sus oraciones. También por esta vez fué escuchada Catalina, y el obstinado moribundo se volvió manso como un cordero, reconoció sus crímenes, los confesó y murió en paz. No concedió solamente nuestro Señor á su santa esposa gracias de consuelo para los pecadores, sino de devoción y

de perfección para los justos. Así obtuvo para San Raimundo, su confesor, una contrición vehemente de sus pecados; para un religioso, una gran ternura de devoción: y tantos auxilios espirituales para otros, que parece que no pedía nada á nuestro Señor, que no estuviera segura de que se le había de conceder.

Mas he aquí, en el suelo americano, otro apóstol ilustre de la oración y de sufrimiento (por que nuestro Señor los escoge en todas partes), Santa Rosa de Lima, digna émula de Santa Catalina de Sena, de la cual se consideraba como hija espiritual. El pensamiento de la salvación de las almas, sobre todo, de la conversión de los pecadores, la preocupaba noche y día, y habría dado mil vidas por llevar uno solo á Jesucristo. Imponíase por ellos las más rudas mortificaciones, y el autor de su vida, enumerando sus austeridades, se expresa así: «Su abstinencia era extrema... y pareciéndole suaves las disciplinas comunes, se hizo una con dos cadenas de hierro, con la cual se hería todos los días para hacerse sangre, particularmente cuando se imponía esta penitencia por la conversión de los pecadores. Entonces inmolándose á Dios por ellos, como una víctima expiatoria, era santamente cruel consigo misma... El cilicio que llevaba en su cuerpo le caía desde las espaldas hasta las rodillas... El lecho en que reposaba era, más que de reposo, un lecho de dolor y de vigilia. Su almohada era una piedra... A estos sufrimientos, que se procuraba para hacerse semejante á su Esposo crucificado, vinieron á unirse los sufrimientos interiores más amargos». Así de ordinario lo dispone Dios para probar á las almas, á quienes asocia especialmente al sacrificio de su Hijo. Habiendo sido á la vez exteriores é interiores los sufrimientos del Salvador, estas almas destinadas á tener semejanza con El en la cruz, son, á su ejemplo, víctimas del dolor en el alma, y en el cuerpo. Esto es lo que resalta en Rosa de Lima, de la manera más brillante. Durante quince años tuvo que sostener combates, ó mejor dicho, una agonía

más amarga que la muerte. Entregada por permisión especial de Dios á las más horribles vejaciones del demonio, tuvo que padecer durante largo tiempo, una de las penas interiores más acerbas de la vida espiritual, la pena, ó quiza mejor, el tormento de las *tinieblas* del espíritu.

«En esas horrorosas oscuridades—dice todavía el autor de su vida—no podía pensar en Dios, y los demonios llenaban su imaginación de espectros tan espantosos, que aunque esta virgen afrontaba valerosamente los tormentos más insoportables, no podía acostumbrarse á este género de penas».

Solo pensar en ellas era tan terrible, que cuando sentía aproximarse la hora de este suplicio, temblaban todos sus miembros y pedía á nuestro Señor, sometiéndose en todo como El á la voluntad de su Padre, que la dispensara de beber este cáliz amargo. Dichas penas llegaron á tal exceso, que juzgó apropósito hacer examinar su conducta por los más famosos teólogos de la Universidad de Lima, los cuales, después de muchos interrogatorios que la hicieron sufrir, declararon que aquellas penas era una prueba de Dios, que la disponía para una alta perfección por aquel estado de tinieblas y de sufrimientos.... A estas penas se unieron graves y diversas enfermedades, en las que exclamaba con amor y paciencia heroica: *¡Oh! buen Jesús, aumentad mis sufrimientos; pero al mismo tiempo, aumentad en mí vuestro divino amor.* En fin, llegó la hora de su último sacrificio. Su postrera enfermedad fué como una reunión de sufrimientos y un resumen de todo lo que había padecido en el curso de su vida. Juzgaron los médicos que, no siendo naturales en sus principios, era menester confesar que Dios obraba por causas extraordinarias, para comunicar á esta Santa una parte de los dolores que había sufrido por la salvación de los hombres, durante su pasión, y que ella padecía por los mismos fines».

Menos de un siglo más tarde, sobre ese mismo ardiente suelo de la América meridional, florecía también una amable virgen, cuyo admirable can-

dor la dió el sobrenombre de la *Azucena de Quito*. Digna en todo de Rosa de Lima, Mariana de Paredes, nacida en Quito, ciudad del Perú, se aplicó á marchar sobre sus huellas, en pos de su divino esposo crucificado. Su vida no fué más que una serie de cruces soportadas con una paciencia heroica, por Dios y por las almas; porque ella fué también un insigne apóstol de la oración y del sufrimiento. ¡A cuántos pobres pecadores abrió las puertas del cielo, esta humilde virgen, ávida de dolores! Se construyó un cilicio de hojas espinosas, de las que crecían en aquellas comarcas. Llevaba sobre su cabeza una corona de espinas, que ocultaba bajo su velo. Se golpeaba con unas disciplinas, formadas de cadenas de hierro, de tal manera, que rociaba la tierra con su sangre. Dormía ordinariamente sobre pedazos triangulares de leña, ó sobre la dura tierra; y sus ayunos eran continuos.

«El fin de esta bienaventurada, dice el autor de su vida, fué un holocausto por los pecados de sus hermanos. En el año de 1645 la ciudad de Quito fué devastada y despoblada por una epidemia terrible. Numerosos temblores de tierra aumentaban el horror del pueblo. El cuarto domingo de Cuaresma, explicando al pueblo la Santa Escritura el confesor de la bienaventurada, le excitó á apaciguar la cólera divina con fervorosas oraciones, añadiendo que si hacía falta una víctima, él se ofrecía voluntariamente. La bienaventurada, que se hallaba entre el auditorio, impulsada por un movimiento del Espíritu Santo, se levantó al instante, y con algunas palabras llenas de fuego, ofreció á Dios su vida por la salvación del pueblo desolado. Nuestro Señor agradeció su sacrificio. Los temblores de tierra cesaron en el mismo día; y la epidemia empezó á causar menos extragos, decreciendo á medida que la bienaventurada se acercaba á su fin. Y cuando esta joven víctima, que apenas contaba veintiseis años, exhaló el último suspiro, la epidemia cesó instantáneamente.—¡Dichoso país!—Exclama el historiador concluyendo este conmovedor relato, ¡dichoso país, que poseyó este tesoro de pe-

nitencia! Y nosotros exclamamos también á nuestra vez: ¡Dichosa nuestra querida Francia, si en medio de sus desgracias, suscitara Dios en ella alguna de estas almas escogidas, que se ofrecen generosamente como víctimas! ¡Cuántas almas, continúa el historiador, se salvaron por las austeridades de esta bienaventurada! ¡Cuántas se salvarán todavía por sus oraciones! Ella protege á su patria desde lo alto del cielo. Ojalá pueda conservarla su fe, devolverla la paz, y obtener de Dios que no sea jamás presa de los lobos devoradores, que devastan sus bellas y desgraciadas comarcas!»

También nosotros formulamos el mismo deseo, exclamando: ¡Ah! cuántas almas se salvarían en nuestra querida Francia, en estos días de prueba y de desolación, si las víctimas voluntarias, agradables al Corazón agonizante de Jesús, se ofreciesen á *sufrir y á morir* por ella; si marchando sobre las huellas de las almas generosas cuya memoria acabamos de evocar, no pusieran ningún límite á su sacrificio, ninguna reserva en su holocausto. Lo decimos profundamente convencidos: de lo que Francia tiene más necesidad en nuestros días (y lo mismo puede decirse de las demás naciones católicas), es de mártires. Los enemigos de la religión lo han comprendido así, según parece. Presintiendo que el triunfo religioso de Francia saldrá naturalmente de la sangre de los católicos derramada por la fe, se han dado de ojo para evitar á todo precio la *persecución*. Y es que, en efecto, la sangre de los mártires; hoy, como en los tiempos de Diocleciano y de Nerón, es una semilla de cristianos: *Sanguis martyrum semen Christianorum*.

Pero si todavía no se ha levantado la espada sobre nosotros para cortar nuestras cabezas, réstanos un medio con que suplir á este martirio sangriento. Si no se quiere honrarnos con el martirio, por la espada, seamos mártires por el corazón, por el sufrimiento, libremente aceptado. Ofrecámonos como víctimas por la salvación de Francia y por el triunfo de la Iglesia. Aceptemos para este noble fin, en unión con Jesucristo, con su corazón agonizante y

con el corazón compasivo de María, todas las penas, los males, las pruebas, los sufrimientos que al Señor plazca enviarnos en su misericordia.—Y si le place pedirnos la ofrenda de nuestra vida ¡ah! por su amor y por amor de las almas no le rehusaremos este último sacrificio. ¿Quién sabe si la misericordiosa justicia de Dios ha puesto este precio á la salvación de Francia y al próximo triunfo de la Iglesia?

Mas, ¿cómo no habíamos de señalar, antes de concluir este capítulo, entre las víctimas escogidas por nuestro Señor para asociarlas á la continuación de su obra redentora, á la humilde hija de San Francisco de Sales, cuyas heroicas virtudes la han valido recientemente los honores solemnes de la beatificación? Destinada por Dios á servir de instrumento á sus más grandes misericordias, ¿cómo no había de ser Margarita de Alacoque víctima con Jesucristo, su divino Esposo, ella, que en una aparición eternamente memorable, recibió del Hijo de Dios la misión solemne de revelar al mundo los tesoros de las gracias encerradas en su divino Corazón, víctima de amor y de dolor por la salvación del mundo? ¡Ah! los que lean la vida de esta Santa religiosa de la Visitación, toda llena de angustias, tribulaciones y dolores, no se explicarán la larga serie de pruebas que hicieron de ella un martirio casi continuo, sino comprenden lo que con tanta insistencia queremos hacer comprender en todo el curso de esta obra, á saber: que no solamente ha querido el Hijo de Dios realizar la obra de la salvación del género humano por la Cruz, sino hacer individualmente la aplicación de su obra á cada hombre en particular, por la cruz. Para este fin se perpetua como víctima en sus miembros dolientes, sobre todo, en algunas almas privilegiadas, especialmente elegidas por El para cumplir esta gran misión. ¡Vos fuisteis de ese número! ¡Oh bienaventurada Margarita María! ¡Ojalá podamos, con el auxilio de vuestras oraciones, obtener del amabilísimo Corazón de Jesús el mismo favor!

CAPÍTULO XXIII.

ALGUNAS VÍCTIMAS VOLUNTARIAS CONTEMPORÁNEAS.

Dios sólo conoce el nombre y el número de los cristianos devotos, de los cristianos fervorosos, que en los turbados tiempos por que atravesamos, han recibido la noble misión de ofrecerse con Jesucristo en sacrificio de expiación, para obtener de la infinita clemencia de Dios misericordia y perdón en favor de esta generación culpable. De estas almas generosas que se esfuerzan, no sólo con sus oraciones, sino también con sus expiaciones voluntarias, por la ofrenda cotidiana de su vida, en desarmar el brazo de la divina justicia, desde hace mucho tiempo levantado, encuéntranse en todas las clases de la sociedad cristiana, en los palacios de los grandes y en la humilde choza del pobre, en la jerarquía eclesiástica y en la soledad de los claustros. Entre los motivos de nuestras esperanzas, contamos con este y con la gracia de Dios, para el próximo triunfo de la Iglesia y de la Francia católica. Place á Dios que el número de las víctimas voluntarias se acreciente siempre más; y la hora del triunfo se adelante para nosotros. Esperándole, y para estimularnos en esta senda del sacrificio reparador, he aquí dos ejemplos conmovedores, sacados de nuestros anales contemporáneos. Los encontramos en la vida de Pío IX, de gloriosa y venerada memoria (1). Cuenta el primero el marqués Anatalio de Segur, autor de la vida (2) del piadosísimo y muy llorado Monseñor de Segur, su ilustre hermano, quien se había ofrecido á Dios

(1) Véase *Pío IX, su vida, su historia, su siglo*, por Villefranche, un grueso volumen en 8.º, librería de Jossierand, Lión.

(2) Esta vida es muy edificante é interesantísima: 2 volúmenes en 8.º